

Lonville, 1 de abril, 1845

Querido lector:

Te escribo a ti que no te conozco, que no puedes juzgarme ni disuadirme de mi elección. Te escribo, siendo consciente de que será la última vez que lo haga, de que no volveré a ver el cielo azul, ni la tierra rozando el aire, ni a los pájaros volar, ni a las flores florecer y de que estos suspiros serán los últimos que mi boca exhale. Nadie sabría nunca la tremenda incomprensión que albergo, la rabia que me corroe por el destino que me ha tocado vivir ni mi constante lucha interna en lo más profundo de mis entrañas. He decidido poner fin a mi vida porque no tiene sentido y porque estoy cansada y lastimada de intentar amar a alguien que en un primer momento, pero que con el tiempo, ya demasiado tarde, me di cuenta que no era así. Me vi de pronto casada e inmersa en una monotonía que me ahogaba y sin contar nunca con la comprensión de mi marido Charles, un buen hombre que me amaba pero que nunca se percató de mis verdaderos sentimientos. Reuní entonces, para acabar con mi desazón, a otras relaciones amorosas que no conseguían satisfacerme y más allá aún, me provocaban un gran sentimiento de culpabilidad.



Desde entonces, me paro los días llorando y lamentándome con los ojos nublados por el dolor y la impotencia. Intento paliar este sufrimiento leyendo insensiblemente, consiguiendo así exagar y evadirme por unos momentos de la realidad que me rodea, viviendo engañada en un mundo imaginario que no me pertenece.

Es tal el dolor que oprime mi corazón y la pena que me consume, que he decidido poner fin a mi desdicha ingiriendo arsénico. Ya noto los atroces efectos de este veneno y jamás pense que tendría una muerte tan horrible.

Comencé a sentir un frío glacial que invade todo mi cuerpo, las gotas de sudor recorren la plenitud de mi rostro y una sed y unas náuseas de comunes dominan mi cuerpo yerto y pálido. La vida se me escapa entre los dedos y la muerte silente se acerca para llevarme.

En estos últimos instantes, una única imagen ocupa mi mente: el rostro de mi hija. Perdón te pido, hija mía, aunque no vayas a leer esto, por todo aquello que no te he dado y todo aquello que no te pude dar. Siento no haberte dado el cariño que te mereces y espero, como último deseo que tengas la felicidad que yo siempre he anhelado.

Emma Bovary